

¡ QUÉ MAESTRO!

SAMUEL GONZÁLEZ-ARIZMENDI

¡ QUÉ MAESTRO!

MONTERÍA -CORDOBA
Febrero de 2016

A los docentes que han logrado convertirse en suvidagógos desde la relación del sujeto con la vida y la pedagogía.

I

La escuela rural de varones de la población de San Francisco de Asís de Nuevo Oriente solicitó al municipio un profesor que se encargara de la educación física, de su organización y de los entrenamientos de fútbol, única disciplina deportiva que practicaban, pues, la escuela sumida en la extrema pobreza no tenía más recursos para comprar elementos de otras disciplinas deportivas. El docente, al enterarse de la vacante, gestionó la solicitud ante las instancias pertinentes, quienes le aprobaron el cargo.

El profesor de nombre Tito Liborio Cavadía Pinto, era un hombre de pequeña estatura, amonado, de pelo crespo, tosco y de poco hablar, con dos corazones: uno interno, real y duro, situado en la parte superior izquierda de la cavidad torácica: el otro, externo y simbólico, situado en el cráneo, formado por la caída del cabello producto de los años, divisándosele cada vez que levantaba el rostro para escribir con su mano izquierda en el tablero.

Se había convertido en alguien demasiado especial para la población de Araféme y en el mejor docente para los estudiantes de la escuela rural de varones, portándose afable y brindándoles confianza y asesoría en diversos temas deportivos, especialmente los de fútbol, convirtiéndose en el más solicitado para los campeonatos que se hacían permanentemente en la institución.

Al poco tiempo, el profesor Tito Liborio se convirtió en un personaje muy apreciado por la comunidad. Era el encargado de organizar en diferentes categorías los campeonatos internos y regionales para el desarrollo del fútbol en el pueblo. En la escuela gozaba del respeto de los colegas, ya que los conocimientos que supuestamente tenía lo presentaban como intelectual de la educación física y del fútbol. Sus apreciaciones y posturas en las tertulias con sus compañeros de trabajo sobre esta temática lo convalidaban ante la comunidad educativa y regional como experto, ganándose por todos el prestigio profesional como analista deportivo.

Ante el comunicado de la directiva de no permitir estudiantes, profesores y trabajadores después de la jornada laboral por las pérdidas continuas de materiales de la institución, el profesor Tito Liborio no vio viable para él y sus muchachos el cumplimiento de la directriz, alegando a directivos y compañeros que su trabajo no terminaba con el horario normal, debido a que los estudiantes que hacían parte del equipo de fútbol practicaban mejor después que salieran de clases, ya que esto evitaba la presencia de curiosos y la posibilidad de que las estrategias dadas se filtraran a los equipos de las veredas y corregimientos cercanos.

La directiva, al escuchar y analizar el argumento lógico del profesor, accedió a otorgar el permiso para que el equipo de futbol institucional practicara después que terminara la jornada escolar. Cuando las prácticas programadas finalizaban, el profe volvía a quedarse con el pretexto de poder leer y documentarse mejor,

ya que en la casa donde estaba hospedado le era imposible hacerlo por el bullicio que hacían los nietos de la señora donde se encontraba hospedado.

Llevaba dos años y medio el procedimiento metodológico que utilizaba para las prácticas de fútbol, así como las lecturas para su formación. El apoyo institucional, era irrestricto, debido a que en el tiempo que llevaba como director del equipo había conseguido varios campeonatos regionales y el intercolegiado municipal. Con este rendimiento, la institución no tenía argumentos de ninguna índole para negarle el tiempo extra que permanecía en la escuela, así como los sobre costos en los informes económicos por gastos del equipo. Además, se había ganado el respeto del resto de profesores debido a que los resultados prácticos en el área de educación física eran evidentes; por el contrario, las valoraciones que realizaba la secretaria de educación en las otras asignaturas eran pésimas.

Un viernes, los niños integrantes del equipo después que terminaron la práctica a las dos de la tarde, se despidieron de su técnico. Igualmente lo hizo el profesor, manifestándoles que se iría a descansar. Cuando se perdieron de vista, los niños se escondieron en unos matorrales. Al constatar que su profesor se había ido, salieron del escondite y nuevamente armaron su partido de fútbol, desobedeciendo el reglamento del equipo y la orden de su director técnico, quien en el momento de conformar el grupo les exigió como requisito para continuar en la selección, que una vez terminadas las prácticas debían trasladarse a sus casas a almorzar, justificándoles la necesidad de una buena alimentación para el deporte y el crecimiento como niños que eran. Además, la preocupación que podría generar en las familias, si los niños no llegaban a la hora acordada con la institución.

Eran, las dos y cuarenta y cinco de la tarde, cuando uno de los niños que ocupaba la posición de delantero venía a toda velocidad, sacando un fuerte remate del balón, cruzándolo por el travesaño del arco y yéndose al otro lado, a un pequeño potrero de dos mil quinientos metros cuadrados que colindaba con la escuela.

La cerca del potrero no era de postes con alambre de púas como es la costumbre, sino que el dueño optó por cercarlo de bloque porque tenía intención de construir su casa en un futuro y como no podían entrar cerdos y gallinas se llenó de una biodiversidad vegetal abundante, entonces, para que el pasto no se perdiera y tampoco crecieran demasiados matorrales, decidió apastar dos burras.

La forma en que se encontraba cercado el potrero, ocasionó que el arquero tuviera que trepar y pasar al otro lado para coger el balón. Cuando estaba en la pared, no logró divisarlo por la protuberancia de la vegetación. Bajó con mucha cautela porque se podía caer y, mientras lo buscaba, escuchó que se movía algo y se asustó un poco. Esto le generó mayor tensión porque quería saber qué era lo que estaba moviéndose. Imaginó que podría ser una iguana comiendo retoños. Se acordó que se encontraban en épocas reproductivas, pensó en cogerla, pero al mismo tiempo se le vino a la mente lo que el profesor de ciencias naturales y educación ambiental les decía en relación con la extinción de varias especies en

el planeta y que con el tiempo se quedaría sin animales y plantas, recordándoles la biodiversidad de la región, entre ellas la iguana, ya que para el profesor de ciencias, estos reptiles son supremamente perseguidos en la costa caribe colombiana durante los meses de enero, febrero y marzo, para extraerles los huevos, dejándolas incapacitadas para volver a reproducirse.

Ante el panorama que se estaba dando, se había dado cuenta que algo extraño sucedía y en la medida en que se acercaba pausadamente al sitio del ruido, se escuchaba más el sonido: parecido a un quejido. De pronto, con mucho cuidado fue abriendo lentamente los matorrales que le impedían visualizar y desde el sitio donde se arrastraba divisó a un hombre haciéndole el acto sexual a una burra. El niño aterrado exclamó:

_ ¡Dios mío, el profe Tito Liborio!

El mismo que cotidianamente durante las prácticas de fútbol y las clases de educación física les hablaba a sus estudiantes de la ética y moral del futbolista y que insistía tanto en la cívica de Carreño que se volvía fastidioso. El niño, supremamente sorprendido y atormentado con la escena que estaba observando se olvidó del balón, acordándose de sus compañeros. Regresó con mucho cuidado y trepó nuevamente la pared y desde arriba, con el brazo derecho, llamaba a sus amigos.

Estos, esperanzados en que el arquero apareciera rápidamente con el balón, al observarlo que no lo tenía, lo vituperaban:

_ ¡Idiota! ¡Rápido! ¿Qué, no lo encuentras? Pronunciaron varios.

Él se llevaba el dedo índice derecho a la boca y les hacía señas que bajarán la voz, pero sus amigos no le entendían. Cambió de estrategia y los volvió a llamar. Esta vez con las dos manos, incitándolos a que subieran.

De tanta insistencia logró convencerlos y aceptaron venir y con mucha calma y diplomacia les dijo:

_ Suban con cuidado, el profe Tito Liborio se está comiendo una burra.

_ ¡Cómo!". Contestaron varios.

Entonces, Sérvuro Luis en tono muy pausado manifestó:

_ Vamos a bajar la voz, subamos uno a uno para pasar al otro lado. Con mucho silencio llegaron cerca donde estaba el profesor Tito con la burra. Algunos de los niños, acostados en el suelo, tenían la boca llena de pasto para contrarrestar la risa que les producía las expresiones de cariño del docente con la concubina:

_ Ay mamita querida, tú lo eres todo, me tienes amañadito. Ya sabes: son todos los martes y viernes. Tú sabes que hoy me voy para mi pueblo: vengo nuevamente el lunes. Y continuaba diciendo:

_ ¿Qué te pasa Cipriana que no te veo contenta? Preciosa esto del fútbol quita mucho tiempo, por esa razón no te frecuento tanto. Tú sabes que esto me ha dado

éxitos, he ganado varios campeonatos y paso muy ocupado, por eso no te dedico más tiempo.

En ese instante fogoso, la burra reversó el labio superior y el profesor le manifestó:

_ “Que te pasa Cipriana que esa no es tu sonrisa”.

Estas expresiones amorosas del profesor para su amante, generaron en los niños mucha risa, lo que ocasionó que uno de ellos, el loco Pablo no se aguantara y se vino en carcajadas, haciendo que el profesor se desprendiera bruscamente de su amor. Sólo le dio tiempo para recoger los zapatos, y velozmente salió desnudo entre la protuberante vegetación, chuleado y correteado por sus alumnos:

_ uuueee, uueee, uuueeeee, burrero, burrero, burrero, uuueee, burrero.

Los trancos del profesor eran muy largos, quizás más que los que hacen los atletas en los juegos olímpicos. Sorpresivamente pegó un salto tan grande que logró pasar la puerta sin tocarla, escuchándose un sonido estruendoso por la caída, desapareciendo como por arte de magia.

Los jovencitos siguieron buscando el balón, hasta que lo encontraron, al igual que la vestimenta que no logró llevarse el profesor por la presión a mansalva que le hicieron. Además, estuvieron observando las burras durante un buen rato, mirándolas para ver cuál había sido la concubina del sabio del fútbol durante los años que llevaba en el pueblo. Para saber cuál era la predilecta, ya que ambas tenían el mismo tono zaino, Diovadil burlescamente anuncio:

_ Ueh Cipriana.

Entonces, la más alta levantó la cola, lo que ocasionó que todos reventaran en carcajadas.

De aquí fueron a la plaza del pueblo a analizar y pensar qué hacían. Uno de los niños dijo:

_ Si lo decimos nos saca del equipo y nos puede hacer perder el año.

Otro decía:

_ Ese profe se va del pueblo.

Jairo, manifestó:

_ ¿Ustedes creen que no le va a dar pena con nosotros?

El “Pello” dijo:

_ Pero si el profe no sabe quién fue.

Todos reviraron:

_ Como no va a saber si nos vio.

Entonces Sérvuro Luis, volante de creación, dijo:

_ Hagamos una cosa, él se va hoy para su casa. En caso de no regresar más, lo decimos por todo el pueblo. Y si regresa, nos quedamos callados.

_ Oye, verdad, hagamos eso, pero que se cumpla, tú Pablo que todo lo dices. Terminó diciendo Toño.

De pronto, el loco Pablo, arquero suplente, saltó diciendo:

_ Les prometo que no digo nada, esto si es serio.

El loco Pablo, como muestra de su cumplimiento, hizo una cruz con los dos índices de sus manos, miró al cielo y la besó.

El lunes siguiente todos los integrantes del equipo estaban a la expectativa si el profesor estaría con ellos. Esperaron hasta las diez de la mañana y no se presentó. El director, al observar que los alumnos estaban sin clase y haciendo desorden, llegó al curso diciendo que la inasistencia del profesor Tito debía ser por algún inconveniente de fuerza mayor; garantizándoles que para el siguiente día estaría con ellos.

Ante las apreciaciones del director, de la parte de atrás emergió una voz, la de Jairo Muñoz, quien habló suavemente:

_ No creo que regrese.

El director reviró:

_ ¿Quién habló?

Todos permanecieron callados.

_ Me hace el favor y levanta la mano el que habló o los castigo con cien planas. Terminó diciendo.

Los amigos que se encontraban al lado de Jairo, con gestos lo presionaron para que hablara y así evitar el castigo masivo para todo el curso. Cuando decidió levantar la mano, el profesor le preguntó

_ ¿Por qué usted dice eso?

_ Profe, lo decía porque el día está nublado, a lo mejor llovió para su pueblo, él es muy cumplido.

_ Ahhhhh, y hasta tiene razón porque cuando para allá llueve no pasa ni tractor. Terminó corroborando el rector.

Pasaron varios días y el profesor Tito Liborio no regresó. Sérvuro Luis encabezó el grupo para llevar a la escuela la ropa que había dejado el profesor en el potrero y que hoy día se encuentra junto con el balón que permitió descubrirlo como reliquias culturales de la institución.

Cuando los niños jugaban en la calle con bolitas de cristal al quiño, los escolares aterrados reseñaban los hechos que el profe les había enseñado en el fútbol y que el hombre de las tácticas para obtener triunfos regionales e intercolegiados

no regresaría más, no por malos resultados en el fútbol, sino por una estrategia de la vida que no le funcionó por mucho tiempo.

El dueño de las burras se las llevó a otro potrero distante de la escuela para evitar que episodios semejantes se volvieran a repetir. Además, buscaba bajar la tensión en la institución y el escándalo en el pueblo. Estas acciones de reparación no fueron posibles, entonces el dueño decidió vender a Cipriana, pero, cuando fue a buscarla para entregarla al nuevo dueño, no la encontró, la habían raptado.

II

El profesor en búsqueda de ejercer nuevamente la docencia, se enteró a través del secretario de educación que en la población de Santa Lucía de Araféme necesitaban un docente y que los directivos en varias ocasiones habían hecho la

solicitud al municipio para que lo enviaran, lo cual no había sido posible. Sin embargo, la noticia no le agradó mucho por la cercanía de este pueblo con San Francisco de Nuevo Oriente. Ante el análisis de muchos días, se hizo varios cambios en su físico y tomó la decisión de presentarse al pueblo, partiendo del supuesto de que al fugitivo nunca lo buscan en su casa.

Al llegar al nuevo pueblo, se presentó a la comunidad como profesor que andaba buscando trabajo, entonces la directiva de la institución consultó con el secretario municipal, quien dictaminó la resolución de nombramiento. Inclusive, lo recomendó como un hombre serio y honesto. En su nueva escuela también logró impactar a la comunidad educativa por la colaboración, amistad y empatía que generaba a su alrededor, en la cual después de dos años de estar como docente, fue nombrado como director de la institución, y a los tres contrajo matrimonio con una respetable dama del pueblo.

Con esfuerzo y trabajo logró obtener una parcela y diez bovinos, lo que ocasionó que alternara la dirección de la escuela con los oficios agropecuarios, situación que le trajo muchos problemas, ya que el pueblo se aterraba de la cantidad de leche que le producían las vaquitas. Diariamente entregaba cien litros al camión que la recogía, quien estaba afiliado a la empresa Silecco de la ciudad de Sincelejo. A raíz de lo que se estaba presentando, su nombre andaba de boca en boca, donde la gente preguntaba:

_ ¿Por qué ese señor entrega tanta leche?

A lo que don Pablo manifestó:

_ ¡Carajo, esos animalitos también le salieron buenos!

_ Pero si él sólo tiene diez vacas. Recriminó don Pepe.

El Mono plata decía:

_ Recuerden que se las compró a don Víctor, y a él no le daban esa cantidad. Yo lo sé porque es vecino, y saben ¿por qué las vendió? Por malas. Cómo es eso, que ahora se volvieron lecheras.

Otro de sus amigos más cercanos anunció enfáticamente:

_ Ni pa decir que son de raza lechera.

A lo que cara de crimen replicó:

_ Pero de que la entrega, la entrega.

Un vecino del profesor comentaba:

_ Más bien, las vaquitas del profe, de que le dan la leche, se la dan, inclusive, supera a mi compadre Pello que tiene ochenta y dos animales y no entrega esa cantidad de leche.

El que no había hablado anunció:

_ No saben la última noticia que ronda por el pueblo.

_ Aja ¿Cuál es? habla rápido. Terminaron diciendo el resto de amigos.

_ Dicen por ahí que el profe tiene pactos con el diablo.

_ No, no lo creo, el profe es un hombre de Dios. Terminó diciendo Trupepey.

_ Sí, ya eso es invento de la gente. Entonó lombriz de mulo.

La comunidad no descansaba en hablar del profesor que con sólo tres años de estar viviendo en el pueblo y con once vacas que tenía, entregaba cien litros de leche.

Un día cualquiera la empresa Silecco envió al químico para que hiciera un control en la zona, ya que los derivados lácteos que ellos obtenían no estaban siendo los mejores. En el laboratorio se habían encontrado presencia de pastos, harinas y arcilla, lo que indicaba que le estaban adicionando aditivos para hacerla rendir.

El químico, clandestinamente llegó a la casa de don Rafael Arismendi, dueño de la empresa recolectora de leche. El visitante se escondió para que la información de su presencia en el pueblo no se filtrara. La orden dada por el dueño de la empresa a uno de sus trabajadores que se encargaba de recibir la leche diariamente y muy temprano, era que para ese día se empezara a recibirla un poco más tarde, con la intención de agruparlos; obligándolos a que se reunieran echando cuentos. Cuando el dueño de la empresa se dio cuenta que casi todos habían llegado, y que se estaban aburriendo, los ordenaron en filas, siendo extraño para ellos, pues, nunca antes lo habían hecho. Después de un buen rato, uno de ellos observó a un hombre con gafas y vestido de blanco. De pronto exclamó ¡mierda el químico! Al unísono dijeron:

_ ¿Cuál químico?

_ Ahí lo vi, por eso nos tienen aquí y esperaron que llegáramos todos.

Con la presencia de este funcionario, más de uno salió corriendo para no entregarla, o como le sucedió al profesor Aristóbulo compañero de trabajo del profesor Tito Liborio, que cuando venía con la mícura llena de leche escuchó rumores que el químico la estaba recibiendo. Al constatar la presencia del funcionario, dejó caer la mícura, alegando que se le había resbalado.

Al primero que le tocó el turno fue al amarillito y cuando el químico introdujo el lactodensímetro anunció:

_ Vea señor, parece que a esta agua le cayó leche.

Al revisar la del profesor Tito Liborio, miró al trabajador, miraba la leche, revisaba el lactodensímetro, lo sacaba y lo volvía a meter. Le hizo varias preguntas al joven, inclusive, hasta el nombre le preguntó, pero este contestó que mejor lo llamara Dos Pinga. Ante la respuesta del joven, el profesional lo revisó mentalmente de pies a cabeza, sonriendo con cierta picardía. El Licenciado en química no pudo dar con lo que supuestamente tenía la leche. La gente se preguntaba:

_ ¿y qué le pasó a la leche del profe Tito?

Alguien enérgicamente entonó:

_Vea señor químico, el dueño de esa leche que está revisando sólo tiene once vacas y produce cien litros de leche.

Al funcionario de Silecco le quedó sonando el comentario que hacían del docente. Más aún, el aparato le indicaba la sospecha. Entonces, el químico continuó meditando:

_ ¿por qué tanta leche en estas vacas? Cuando en esta zona los pastos no dan para mantener este nivel de productividad; y acá no utilizan razas mejoradas.

Sin embargo, la leche del profesor fue recibida, pero fue echada en un recipiente aparte, con pronóstico reservado. El químico no dio con lo que tenía, había que hacerle otras pruebas profundas en Sincelejo. Lo que si pudo comprobar fue que el 75% de la leche entregada por el pueblo tenía agua.

A los veinte días de haberse llevado la leche del profesor Tito y haberla sometido a estudios, no habían dado con los aditivos que el director utilizaba para hacerla rendir, ya que los análisis químicos sólo arrojaban resultados que indicaban que había algo extraño en la leche, porque agua sola no era lo que le echaba, sino que tenía excesivos sólidos totales, como proteínas y grasas. La empresa no pudo comprobar fraude alguno, por lo tanto, el profesor continuaba entregándola, pero si les preocupaba cómo hacía este señor para entregar tanta leche con sólo once vacas flacas y mal tenidas.

El Estado, en ese entonces, bajo la ayuda económica, política y social de estados Unidos para América Latina conocida como Alianza para el Progreso, enviaba mercados a las escuelas del país para que los directores repartieran equitativamente entre los padres de familia, como forma paliativa de disminuir la extrema pobreza y aumentar el nivel nutricional de los niños y así mejorar el crecimiento físico y rendimiento académico de los que siempre se les ha dicho que son el futuro de un país.

Entre los productos que enviaban se encontraba la leche en polvo. Ésta llegaba en grandes cantidades a la casa del director de la escuela. Con su equipo de trabajo armaban anquetas para las familias de cada niño. El profesor Tito sin que su equipo se diera cuenta se quedaba con la mayor cantidad de leche. A los treinta litros que realmente producía, les adicionaba agua hasta llevarlos a cien litros. En la noche hacía la mezcla asemejándola al producto natural.

Esta era la razón por la cual los análisis químicos que hacían en ese entonces no daban con el hecho, pues la adición que el profesor le hacía a la leche natural era leche. Sólo se logró saber la verdad del delito, porque en diciembre el profesor le negó la liquidación al trabajador que lo acompañaba en el fraude, y el muchacho embriagado lo delató en el pueblo.

Ante el descubrimiento, fue cuestionado por toda la comunidad, de tal manera que cuando salía para la escuela lo vituperaban, lo que hizo que nuevamente desapareciera, dejando a su esposa con los bienes y trasladándose a la ciudad de San Jerónimo de Montería.

III

Después de un año de estar en la ciudad se dieron las elecciones políticas para Senado y Cámara, logrando vincularse a la campaña de un cacique político de la región, quien posteriormente lo nombró en una universidad como trabajador raso, pues no tenía títulos. Luego por política institucional validó la primaria, el bachillerato y entró a estudiar Licenciatura en Biología. Al ser excelente

estudiante lo ascendieron a laboratorista, y una vez graduado, algunos profesores le dieron la oportunidad de hacer clases. Posteriormente empezó a estudiar Licenciatura en Matemáticas. Al obtener el título, logró vincularse a un prestigioso e histórico colegio oficial de la ciudad, donde orientaba las matemáticas, área que le hizo crear muchos problemas con los estudiantes.

Con la consecución del anterior cargo, se hizo famoso, pues, pasarle la asignatura no era nada fácil. En un año cualquiera le asignaron el octavo grado quienes eran cuarenta y dos estudiantes, que en su mayoría provenían de la capital, sólo tres tenían origen provinciano, donde tuvieron la oportunidad y el privilegio de salir a estudiar de su pueblo para la ciudad.

Uno de estos, de nombre Sérvuro Luís, cuando llegó el primer día al colegio quedó pálido al encontrarse a su gran profesor de fútbol haciendo clases de matemáticas, y quien no logró identificar nunca a su exalumno de primaria, convirtiendo su asignatura en la más dura de todas, ya que por curso no le pasaban más de doce estudiantes.

El profesor que Sérvuro había conocido en San Francisco de Nuevo Oriente ya no gozaba de la amabilidad que antes lo había caracterizado, por el contrario, su estado de ánimo grosero era permanente, no era fácil abordarlo, alegando que no tenía tiempo, además, el muchacho muy extrañado porque su profe de primaria y de educación física estaba orientando las matemáticas, que en ese entonces les decía que eso era para locos, y que por eso él no enseñaría jamás esa asignatura.

La actitud del profesor frente a Sérvuro, era indiferente, como el de la persona que jamás en su vida ha visto a otra. El muchacho ante lo acontecido con el profe, tenía dos hipótesis. Había la posibilidad que como ya era preadolescente no se acordara de su rostro, la otra, se hacía el loco para no recordar lo acontecido en San Francisco de Nuevo Oriente.

Ante esta circunstancia, el muchacho mostró madurez, y no comentó nunca a sus compañeros lo que había sucedido con él, ubicándose en un nuevo contexto y en unas experiencias diferentes.

En todas las evaluaciones sólo colocaba tres ejercicios de los más difíciles del álgebra de Báldor, situación que condujo que al finalizar el año académico todos necesitaban cinco para pasar. Los jóvenes al ver que iban a perder la asignatura y que para el profesor Tito era una satisfacción que los estudiantes reprobaran, los muchachos idearon reunirse en la casa de uno de los estudiantes, en la de Manuel Polo para analizar los contenidos que entrarían para el examen final, ya que habían asignado los últimos tres capítulos del álgebra de Baldor.

Esta situación condujo a que los estudiantes se reunieran varias veces revisando cómo hacían para estudiar, hablar y analizar la posibilidad que existía de pasar la asignatura, análisis que dejó como resultado, que así como estaba planteado el examen final nadie pasaba. Ante esta situación, Sérvuro Luís conociendo quién era el personaje, planteó una estrategia que al explicarla, todos se quedaron callados, pero finalmente les dijo:

_ Nos atrevemos o somos hombres muertos.

Ante la difícil situación aceptaron la propuesta y se comprometieron responsablemente de los riesgos que había que correr. Entonces, así como se había propuesto, escogieron tres problemas, los practicaron, y se los aprendieron, llegando todos a un acuerdo, en que si el profesor dictaba, por ejemplo: un carro se desplaza a ocho Km. por horas, ellos colocaban un ratón, si el segundo era un árbol, entonces colocaban un camión, que era el que habían estudiado, y si el tercero decía cualquier cosa, ellos tenían orden de colocar lo que habían pactado.

Uno de ellos dijo:

_ Cuidado alguien va a colocar una cosa diferente, porque si los cuarenta y dos estudiantes colocamos iguales los tres ejercicios que nos aprendimos, él no puede reclamar, y si lo hace, decimos que está loco, alucinando, y que explique, entonces, ese hecho de que todos tenemos el mismo examen. Ahora, si el profesor por alguna circunstancia pretende realizar una evaluación para cada fila como forma de controlarnos, empleamos la misma estrategia.

El grupo se concienció tanto que todos afrontaron el reto, y dispuesto a lo que sucediera.

Para el día que estaba programada la evaluación, los jóvenes preocupados esperaban al profesor en el aula. Todos observaban por la ventana para conocer el momento exacto cuando el docente llegara. Estaban pendientes; pero a última hora surgió una inquietud por parte de Eustorgio Enrique, preguntando:

_ ¿Qué hacer en caso que los trajera fotocopiados?

Entonces, Nacho Arias dijo:

_ Hermano, ahí si no hay nada que hacer, yo pienso que alguien tendría que fingir un mareo y privarse, o alguna pelea entre nosotros, no sé, pero esa parte no se analizó: esperemos que no sea así. Ahora, si los trae escrito a mano en un papel, y los compara con los de nosotros en su casa cuando vaya a calificar y no correspondan con los que él colocó, seguramente él va acudir a su prueba reina.

Ante esta apreciación, Guillermo Puello manifestó:

_ No hay ningún problema, nosotros podemos alegar que esos que él tiene en el papel no los dictó en nuestra aula, y que se acuerde en que curso los colocó, pues ustedes saben que son seis grados de octavo donde él orienta la asignatura.

Entonces, Yony Peña preguntó:

_ Y si él insiste en que fue del papel donde los dictó ¿Qué hacemos?

Manuel Polo recriminó:

_ Señores, nuestra posición es que él se presentó en el salón de clases con el álgebra y los sacó directamente del libro, y que de ese libro fue que estudiamos, porque ese es el que él utiliza, además, siempre lo carga para las clases: esto no es un secreto para nadie en este colegio.

Cuando el docente llegó al aula, se dieron cuenta que no los trajo en fotocopias, comprobándose el hecho cuando se metió la mano al bolsillo y sacó un papelito viejo, donde los traía formulados. Todos se miraron, y con los gestos que hacían con la boca, ojos y manos, estaban dándose ánimo dispuestos a lo que habían ido: a hacer los ejercicios que ellos habían hecho en casa.

El profesor empezó con uno que decía; una canoa se desplaza a veinte kilómetros por hora, luego de terminar con éste comenzó con otro; una bola se desplaza a un kilómetro por hora, y así sucesivamente, hasta que los muchachos tergiversaron totalmente los tres ejercicios. Una vez terminó de dictarlos guardó el papelito, supuestamente para corroborar en casa, aptitud que no le gustó a la gente, sin embargo, ya habían analizado esta situación y cuál era la respuesta.

Ahora, los estudiantes habían llegado a un acuerdo que no podían entregar rápido, inclusive, esperar que el profesor manifestara: “Voy a recoger, el tiempo se acabó”. Precisamente ocurrió lo que estaban esperando, cuando anunció:

_ Ya llevan dos horas y sólo han entregado tres.

De pronto se quedó callado, y luego de dos minutos mencionó:

_ Cinco minutos y recojo.

Entonces, empezó a mirar con mucho cuidado el reloj, de tal modo que cuando se cumplieron los cinco minutos adicionales, volvió a decir:

_ O entregan o no recibo ningún examen.

De inmediato todos se pararon a entregarlos, a lo que respondió:

_ ¡Ahhhhh! Que si saben.

El docente no tuvo la precaución de revisar en ese momento los exámenes que le iban entregando, sino que los mandaba a colocar dentro de un folder diciendo:

_ habrá el folder y póngalo ahí.

Esta evaluación fue realizada un viernes, y al salir de la institución el profesor fue invitado por amigos a departir unos tragos. El sábado en la tarde empezó a calificarlos encontrándose que los tres ejercicios en todos los estudiantes no eran los que él había dictado. Ante la eventualidad presentada se rascaba la cabeza diciendo para sus adentros:

_ ¿Que es esta vaina?

Empezó a buscar el papelito donde tenía los ejercicios, pero no lo encontró por ningún lado. Disgustó con la esposa; revirándole que todo se lo cogían. La trabajadora doméstica, al presenciar el enojo y la ira del profesor preguntó a la patrona por la rabia de su jefe, pero una de sus hijas se le adelantó a la respuesta de la señora, quien entonó:

_ Porque se le perdió un papelito.

_ ¡Ahhhh!

Contestó la joven y continuó diciendo:

_ Yo lo encontré en la camisa que lavé esta mañana, inclusive lo estoy asoleando. La hija se desplazó a donde el padre para poder aplacarlo, comentándole lo sucedido. El hombre con ira se trasladó al patio y pidió que le mostraran el papel. Cuando lo vio se agarró la cabeza, manifestando:

_ Ahora sí me jodieron.

Lo cogió y le ordenó a la muchacha para que lo secara con la plancha. Cuando esta se lo devolvió cogió más ira, porque no pudo constatar el hecho, los ejercicios se habían borrado.

El profesor insistió en presencia de su esposa y sus hijas, que se los habían cambiado. Pero estas se miraron, y con el gesto que hicieron no estaban de acuerdo con el jefe de la casa, el cual volvió a revirar con mucho más enojo:

_ Estos hijueputicas me las van a pagar, y muy caro.

Pidió agua de limón, bebió y volvió a acostarse. El lunes a primera hora se presentó al colegio contando todos los acontecimientos pasos por paso. La directiva junto con el cuerpo docente recibió la noticia con desagrado, en la cual expresaban lo delicado del acto y que si eso era cierto, el curso podría ser expulsado, sobre todo a los autores intelectuales.

Pero, algo que ayudó al plan perfecto de los muchachos fue que el docente ya había tenido varios problemas en la institución por lo duro que había sido como profesor de matemáticas, inclusive, con el mismo curso había tenido ciertos altercados, los cuales habían sido ganados por el profesor.

El día que el docente se presentó a rectoría con todos los argumentos para comprobar el hecho, sólo le faltó la hoja donde los había escrito, situación que lo dejó con pocas posibilidades para contrarrestar la acción de los alumnos. El rector convocó a reunión de profesores, los cuales tomaron la decisión de apoyar a su colega. El curso al enterarse de la decisión del colectivo de docentes se desplazó a la reunión. Cuando el profesor hacía su defensa culpando a los muchachos, estos lo interrumpieron y delante de todos, uno de ellos, Guillo Puello, tomó la vocería manifestando:

_ Vea señor rector, este profesor no es la primera vez que tiene problemas en las partes donde ha trabajado, y aquí mismo en el colegio, los ha tenido, yo le pregunto a usted y al resto de profesores: ¿Es o no es verdad?

Todos se miraron y el rector trató de hablar, pero el mismo profesor reaccionó y dijo:

_ Sí es cierto que he tenido problemas aquí, pero no en otras partes como lo señala el joven, además, en todos he tenido la razón.

Con estas palabras, el resto de profesores lo apoyaron más. Sin embargo, Guillermo Puello retomó la defensa y continuó diciendo:

_ Déjeme hablar profesor Tito, entonces, repito, no es la primera vez, y él lo ha aceptado y ustedes saben, que la rabiecita es con el grupo de nosotros, ni siquiera es con los otros cursos, vea señor rector, este profesor cómo es que ahora dice que

esos no son los ejercicios que él dictó; donde todos los alumnos los tenemos iguales, y ninguno del curso los tiene como supuestamente él los dictó. Por favor profesores, si hubiese existido fraude, algunos los tuvieran diferentes, pero nadie los tiene, no creen ustedes que este señor lo que quiere es hacernos perder el año.

El resto de cursos de octavo grado se enteraron de lo acontecido, apoyando a sus compañeros, máxime, cuando no tenían idea del plan que le habían montado al profesor, además, a ellos también les servía la sanción para el docente, pues, en su mayoría iban mal. El joven Guillermo continuaba diciendo:

_ Señores profesores, eso es palpable, cómo se nos va a ocurrir cambiar los ejercicios y si eso es así como lo dice él, que muestre el papel donde los tiene escritos, o también va alegar que se lo sacamos del bolsillo. Esos ejercicios que dictó están en el Álgebra de Baldor, los invito a todos a que revisen el texto para que ustedes mismos se den cuenta que sí corresponden a los tres últimos temas que se dieron y que usted profe Tito manifestó que sacaría un ejercicio de cada capítulo, entonces, señor rector, con todo el respeto, como él dice que eso no son los ejercicios que el seleccionó para la evaluación. Ese señor, y disculpen si estoy siendo irrespetuoso, está es delirando y yo sé por qué.

Ante los descargos que hizo Guillo en defensa del curso, sus amigos quedaron aterrados, de igual forma el rector y los profesores terminaron por aceptar que los muchachos tenían la razón, por lo tanto, la directiva asumió la responsabilidad de pasar la nota que habían sacado. El profesor Tito Liborio terminó disgustado con la directiva y los profesores, pues estos lo acusaron de sus intenciones malévolas con el curso. Además, fue tan contundente la defensa del estudiante que el profesor no tenía evidencias claras para desmontar la versión programada, pre-estudiada y organizada de los muchachos. Los jóvenes al salir bien librados festejaron, por el contrario, el profesor continuó mal visto en el colegio y lo peor, comenzó su verdadero delirio de que él estaba seguro que no había dictado los problemas del examen que habían resuelto los muchachos.

Tres años después, los jóvenes lograron graduarse como bachilleres, cada uno buscó como es la costumbre nuevas alternativas de vida. Casi todos tenían proyectado seguir estudiando en diferentes universidades del país, pero fueron muy pocos los que lograron ingresar a la universidad, ya que es un privilegio que esta realidad subjetiva y utópica se vuelva objetiva.

Diez años después, el profesor se encontró en el centro de la ciudad de San Jerónimo de Montería a Guillermo Puello. Cuando lo vio, el viejo corrió a abrazarlo y le dijo:

_ Hombre muchacho, que hay de tu vida, para dónde te habías metido.

_ Profe, yo me fui para San Nicolás de Barranquilla y estudié Derecho.

_ Hombre, que bueno, y el resto de muchachos.

_ Bueno profe, por ahí veo es al Pello. ¿Lo recuerda?

_ No, no, no, no lo recuerdo muy bien ¿Cuál era ese?

_ Profe, al que le daban las epilepsias y pasaba echando espuma por la boca, se acuerda que le decíamos el detergente.

_ ¡Ahhhhhh!, claro, claro, el de la espuma por la boca, claro, claro, bueno y el resto.

_ Profesor, la mayor parte no lograron seguir estudiando por falta de oportunidades, por ahí me los encuentro en oficios varios, vendiendo chance, algunos tienen chazas, hay dos que son zapateros, como seis son chóferes ¡ahhhh! Otros se fueron para Venezuela a buscar trabajo.

Luego de un buen rato de estar hablando y recordando anécdotas, el profesor se lo quedó mirando y le dijo:

_ Oye Guillo, vamos a hablar una cosa seria; yo necesito preguntarte algo, pero quiero que seas sincero conmigo, no vas a tener ningún tipo de problema, ya estoy viejo, y no quiero continuar con este delirio que he padecido durante los últimos quince años de mi vida, dime una cosa, mira mijo, el día que me muera quiero irme tranquilo, dime la verdad, te lo suplico.

_ Cuénteme profesor.

El joven abogado sabía que la preocupación del profesor venía por cuenta del histórico examen que le habían cambiado.

_ Guillo, tú te acuerdas de aquel problema que se presentó por un examen donde yo decía que ustedes me habían cambiado los ejercicios, pero el curso insistía en que esos eran los que yo había dictado, y fuiste tú el que encabezó la defensa. Dime la verdad ¿qué fue lo que pasó? Mírame hijo, ya estoy viejo y jubilado, tú eres un joven profesional con todo un porvenir, deja que este anciano esté tranquilo.

Guillo sonrió y entonó:

_ Bueno profe, ya que usted insiste, la verdad, verdad, fue cierto que nosotros se los cambiamos.

De pronto el profesor pegó un salto de alegría y exclamó:

_ ¡No joda! yo sabía que no estaba loco, Diosito mío, gracias porque cuando muera me voy tranquilo, era lo único que estaba perturbando mi vida en pensar que estaba loco. Hoy mismo llamo a todos los profesores y al director para informarles que los locos eran ellos, Diosito mío, gracias, gracias, Diosito lindo, gracias Dios mío, gracias.

La gente que se encontraba muy cercana a ellos se reían viéndolos hablar.

El profesor tuvo que recurrir a una mentira: decirle a Guillermo que se había jubilado, situación que no era cierta, además, no estaba viejo como lo pregonaba, inclusive, también ejercía como profesor en la Universidad de Córdoba, en donde se desempeñaba en las dos áreas que había estudiado, las matemáticas y la biología. Tanto, que en la universidad sucedió un caso parecido, colocándole mil ejercicios para que los muchachos del tercer semestre de licenciatura en biología los resolvieran.

IV

Con estos hechos, ya existía conocimiento de quién era el profesor, no sólo en el colegio, sino en la universidad donde trabajaba, debido a que hacía unas masacres académicas dejando en cada curso al noventa por ciento de los educandos, tanto que lo apodaron “el chivo mono”, en honor a un toro que le llamaban así, porque cada vez que salía al ruedo, asesinaba a dos o tres personas.

Ya iba mes y medio de haber empezado el semestre, colocándoles a los estudiantes de biología para el primer parcial un cuestionario de trescientos treinta ejercicios, de los cuales colocaría sólo diez. Los cuarenta estudiantes salieron afanosamente a resolver los ejercicios. A los quince días lo estaban esperando en el aula, presentándose a las dos de la tarde en su carpati viejo. Se

enredó al bajar y casi cae, a lo que la estudiante más linda del curso, luz Mari Gutiérrez, manifestó riéndose:

_ Torpe hasta para bajarse.

Cuando llegó al aula, todos estaban organizados en fila, y empezó a dictar el examen. Una vez lanzó el primer problema la gente sonrió porque aparentemente estaba fácil. Los estudiantes esperaban el segundo, porque él había dicho que iba a colocar diez. Al no escuchársele más la voz, la gente levantó la cabeza y observaron que con mucha calma cerraba el libro y entonó diciendo:

_Ya.

Entonces, los estudiantes reaccionaron:

_Cómo así, usted dijo que iba a colocar diez ejercicios.

_ Bien lo han dicho...iba.

Algunos se quedaron callados e hicieron gestos a sus amigos, que así estaba bien, lo cual permitió que muchos entendieran rápidamente la oportunidad que estaba brindando, y aceptaron. A los quince minutos lo habían entregado, porque el problema lo habían resuelto y a todos les había dado como respuesta veinticinco.

Conociendo como era el profesor, lo obligaron para que lo hiciera en el tablero; dándole también como respuesta la misma de los estudiantes. Los jóvenes brincaban, saltaban, algunos derramaban lágrimas de la emoción; era el primer parcial del semestre y se lo habían ganado, estaban seguros, porque él mismo había ratificado que daba veinticinco, inclusive, muchos anecdóticamente decían:

_ Está banderillado el toro.

Otros.

_Está garrochado, nojoda.

Aún más, aprovechando que era viernes, se fueron a rumbear.

El lunes siguiente volvieron a encontrarse en clases y todos hacían esfuerzo para que el reloj anduviera y llegara velozmente la hora del encuentro académico. Además, estaban muy ansiosos por conocer los resultados. Cuando llegó a clases les manifestó:

_ Jóvenes, les tengo malas noticias: el ejercicio no da veinticinco, sino cero.

_Cooooomo.

Escuchándose al unísono. Luego empezó diciendo:

_ Lo que pasó fue lo siguiente:

De pronto lo interrumpieron, y en conjunto varios dijeron:

_Pero si a usted también le dio veinticinco.

_Si, si, si, es cierto que me dio lo mismo, pero también cometí el mismísimo error que cometieron ustedes. Por favor, vamos a resolverlo.

En eso empezó a explicarlo lentamente, y era cierto, el ejercicio daba cero. Todos quedaron muy preocupados por la actitud del profesor, lo cual no dejó claro la

situación que se presentó y más aún, cuando a él mismo le había dado igual que a los estudiantes.

Al mes de haber sucedido esto, se fijó el segundo examen, el cual no había establecido un número de ejercicios, sino que anunció:

_No les voy a colocar cuestionario, por lo tanto, tienen que revisar varios libros.

El día que se presentaron a realizar el segundo parcial de cálculo II, llegó iracundo, no dijo siquiera buenas tardes, sino que manifestó enérgicamente con su voz de docente regañón:

_Saquen una hoja doble, porque no doy permiso para sacar más hojas, ni borrador, ni lápiz.

De pronto alzó el tono:

_ Ni nada que tenga que sacar.

Cuando colocó en el tablero el primer problema, todos los estudiantes se quedaron mirando entre sí, nadie tenía referencia de qué tema era el ejercicio, entonces, uno de los muchachos se paró compulsivamente, se trasladó al frente del tablero y empezó a quitarse la correa. Muchos pensaron que le iba a dar unos correazos al profesor. Empezó lentamente a bajarse los pantalones, las muchachas gritaban, había risas, morbo, y todo lo que se le pasa a una persona en su mente con una escena como esta. Al bajarse totalmente el pantalón se colocó en cuclillas y mirando de frente al profesor le manifestó:

_Vea señor, mejor cójame, pero no le resuelvo ese ejercicio.

Todos quedaron atónitos ante lo que estaba sucediendo. Además, el profesor no pudo contener la ira que le produjo el acto simbólico del joven, trasladándose al tablero y borrando el ejercicio: luego tomó sus útiles y se marchó. La siguiente semana regresó a clase sin mediar ningún tipo de relación con los estudiantes. Éstos, igualmente respondieron, para ver hasta donde llegaba la terquedad del si se podía llamar, profesor, docente, mentor, tutor, orientador, animador, dictador. Después de otro mes de clase, fijó el parcial final y dijo:

_Esta vez para no tener problemas con ustedes, voy a darles un cuestionario de mil ejercicios, para que los resuelvan y de ahí sacamos los tres puntos del examen final, y se acabó esto.

Se dieron discusiones por la cantidad, no había acuerdo, pero algunos lograron mediar basados en el supuesto de tener mayor opción de practicar y de ahí saldrían los tres ejercicios. Por lo menos, no era abierto como el anterior, que no se supo de que libro lo sacó, porque cuando se abordó para que mostrara el texto y sacarle copias, siempre se negó: a lo mejor fue creado por él.

El día siguiente se encontró con un grupo de estudiantes, haciéndoles llegar los ejercicios, y terminó diciéndoles:

_En veinte días es el examen, los espero.

Fue tanta la intensidad y el esfuerzo con que los jóvenes por grupos enfrentaron este reto, que permanecían de día y de noche en la solución de los ejercicios, de tal manera que lograron resolverlos y aprendérselos, ya que era la única posibilidad que tenían para alcanzar el cinco que necesitaban.

El día de la evaluación, el profesor llegó y empezó a distanciar las sillas; además, su intención era colocarle a cada alumno tres ejercicios diferentes. No se le había olvidado lo que le habían hecho los muchachos del bachillerato, pero los estudiantes ante la nueva propuesta que trajo de colocar tres ejercicios diferentes para cada uno, reaccionaron, entonces, aceptó que fuera un sólo examen. Cuando logró escribir el primer ejercicio en el tablero, algunos quedaron perplejos, se miraron y los gestos eran múltiples, todos reviraron. Ante las circunstancias que se estaban presentando, Julio de Jesús López Barreto se levantó diciendo:

_ Mire profesor, ese ejercicio no está en los mil problemas que usted nos mandó a resolver.

A lo que reviró:

_ Cómo que no, si está.

Ante la persistencia del profesor, el estudiante reaccionó.

_ No está, si quiere lo buscamos.

No le quedó otra alternativa que decir:

_ Bueno, busquémoslo.

Cuando empezaron a revisar cuidadosamente los ejercicios, no lo encontraron, el joven tenía la razón, no estaba. Ante la situación presentada, el curso muy desaminado, se reveló, debido a que el profesor había incumplido las reglas del juego.

Con este nuevo hecho, los estudiantes protestaron, encontrando eco en todas las facultades donde también había hecho estragos. La incapacidad y terquedad del profesor condujo a los estudiantes a que lo enterraran simbólicamente por tercera vez.

Su petulancia era tan frecuente que los estudiantes de otros semestres de biología no lo soportaban, logrando desenmascarlo, no en las matemáticas, sino en la biología general II, quizás con la respuesta más desatinada que había dado en su vida.

V

Ya era un hombre que hacía mucho tiempo que había dejado de ser el profesor preferido por los estudiantes, como lo fue en su primera experiencia en la escuela rural de San Francisco de Nuevo Oriente. Un profesor que no quería cambiar su proceder ético ni su forma de ser, sólo lo había hecho en su físico, quien gozaba de palidez, con un bigote brochado, que mientras orientaba clase, con los dedos de la mano izquierda se hacía los extremos delgados.

Cada día su nombre era más conocido en la universidad por los comentarios negativos que se decían. La altivez lo llevó a tal extremo, que sus compañeros nunca lograron hacer amistad con él.

Daba muestras de conocer mucho de su asignatura, pero no se hacía entender, además, su prepotencia lo había convertido en un hombre odioso. Durante la clase se mantenía preguntándoles a las mujeres y las hacía llorar, porque siempre les realizaba preguntas capciosas, consiguiendo con esto atemorizarlas para que no respondieran, colocándoles malas notas, sonriendo y golpeándose orgullosamente el pecho, donde su perorata decía:

_A mí no hay nadie que me haga una pregunta y me raje, lo sé todo, ja, ja, ja, ja, ja, yo leo mucho.

Esta actitud deplorable generaba rabia y descontento en los estudiantes que él recibía en el segundo semestre, más aún, cuando los jóvenes averiguaban con los semestres superiores sobre el comportamiento de este profesor, donde era considerado un demonio que gozaba de prepotencia.

Siempre queriendo demostrar que manejaba la temática, invitando al reto, a la piquería académica, y como buen plato del día, no había una clase donde no exhibiera a un estudiante, más si era mujer.

En el curso del segundo semestre de prácticas biológicas había un pequeño grupo de cinco estudiantes interesados en planear una represalia académica contra el profesor, con la pretensión que quedara mal ante todo el curso. Sin embargo, tenían dificultades sobre qué harían, pues en cuanto al sistema de conocimientos, el profesor daba apariencias de saber mucho.

La estrategia fue ideada por los estudiantes, Aníbal José Martelo, Servuro Luis, Kennedy Ruiz, Manuel Montaña Aguilar y Julio López Barreto, quienes se encontraban en práctica de laboratorio sobre la temática de los monoflagelados, los cuales al ser observados al microscopio presentan un flagelo. Anibal exhortó a su grupo de estudio, diciéndoles:

_Oigan muchachos, hagamos una cosa maravillosa.

_ ¿Cuál?

Contestaron varios al unísono.

_Escuchen, vamos a observar un espermatozoide humano y le preguntamos al profesor ¿qué es eso que salió en la muestra?

Entonces, a raíz de la propuesta, Julio manifestó:

_ Pero ¿en este momento a dónde vamos a conseguir un espermatozoide?

Kennedy con rostro y seriedad de indígena entonó:

_ Eso es fácil conseguirlo, no uno si no millones. Yo voto por Manuel para que se masturbe.

Este reviró:

_ Y por qué yo ¡estás loco!

Kennedy nuevamente le manifestó:

_ Mire hermano, usted es el propio para eso. La noviecita lo zafó hacen tres meses ¿Qué mejor candidato?

Manuel se negó, y encontró eco para apoyar a que Kennedy se masturbara. Todos al unísono votaron, diciendo:

_Tú, tú, tú, tú Kenedy

La presión fue tanta, que le tocó aceptar, diciendo:

_ Pero, ¿en qué echo el esperma?

_Ay, idiota, pídete en almacén un beaker pequeño.

Así le respondieron, no quedándole otra alternativa que irse para el baño.

Mientras hacía su faena, más de una vez los estudiantes que coincidentalmente llegaban a orinar le empujaban la puerta sin saber que adentro había uno que se estaba masturbando.

Cuando regresó al laboratorio llegó sudado, pálido y tomando agua de una bolsa. No venía nada contento, la entregó, pero nadie lo miró, pues sus amigos tenían los cachetes pipones de la risa. Cuando montaron la muestra en el microscopio, el morroano Julio de Jesús, empezó lentamente a mover los tornillos micro y macrométricos del microscopio. Igualmente movió el carro buscando luz, hasta que logró divisar los diminutos espermatozoides que se movían afanosamente en búsqueda de un extraviado óvulo.

Cuando todos constataron que ya se observaban los espermatozoides, llamaron al profesor para que observara los monoflagelados, que supuestamente para él se habían sacado de las muestras ricas en micro invertebrados traídos de una práctica de campo hecha en San Nicolás de Barranquilla. Al llamarlo para que observara la muestra, uno de los muchachos repitió:

_ Profe, profe, profe, venga, mire lo que apareció acá.

De Inmediato se trasladó al sitio donde se encontraban los jóvenes. Todos le abrieron paso al científico de bata blanca.

Cuando se dobló para acercarse al microscopio y pegar los ojos en los lentes, exclamó:

_ ¡Ohhh! que muestra, estos son monoflagelados de la región Caribe colombiana que entran por la desembocadura de los ríos a los estuarios, principalmente son dulceacuícolas, ¡qué muestra tan excelente! ¡Ohhhh!

Los inventores del acto sonreían para sus adentros. Sin embargo, Aníbal, ya preocupado por lo que estaba pasando, llamó a sus compañeros de grupo y les dijo:

_Vamos a esperar que se la muestre a todo el curso, y después procedemos.

Así como lo habían pensado, el profesor invitó a todos los grupos que había conformado en el curso para que se acercaran a ver la muestra:

_ Hagan una fila aquí.

Entonó el docente. Y emocionado seguía explicando a todos lo mismo que le había dicho al grupo que montó la muestra. Una vez terminó, procedió Sérvuro Luis diciendo:

_Mire profesor, eso que usted está viendo en el microscopio no son ningunos monoflagelados, ni son de agua salada, ni dulce, ni se encuentran en la desembocadura de los ríos. Esos supuestos monoflagelados viven es en los testículos del hombre, porque lo que usted está observando y mostrándole a los muchachos son espermatozoides humanos, le quedó claro.

El profesor reviró:

_ Ahhhh, que sí saben, casi me los cojo, qué bien que no me los pude coger; porque les planteé un discurso contrario, a ver si eran tan torpes de aceptar esos espermatozoides como monoflagelados; ustedes tienen cinco, pero el resto de bobos tienen cero, muchas gracias y nos vemos la próxima clase.

VI

Lleno de iracundia, y dándola a conocer con el color rojizo de su cara, siendo de tenue amarilla, se trasladó a su cubículo donde era solicitado por una estudiante del décimo semestre de licenciatura en ciencias sociales, y quien lo buscaba afanosamente desde hacía una semana para que le asesorara la monografía en educación ambiental.

Era un martes ocho de marzo y siendo las cinco de la tarde, se presentó al cubículo la estudiante que como loca andaba preguntando afanosamente por el docente y que al mismo tiempo portaba una misiva para entregársela, emanada del comité de coordinación de trabajos de grado del programa de ciencias sociales de la Facultad de Educación, la cual decía que el profesor Tito Liborio había sido designado como director del trabajo de grado de la joven Cruzana Celeste Muñoz Pacheco.

El profesor al escuchar el “tun, tun, tun, tunnnn” de la puerta, trató de esconderse para no atenderla, ya que la ira que le había causado la muestra de los espermatozoides lo tenía ciego, sin que le prestara atención a los golpes que le daban a la puerta. Entonces, la joven al ver que no había respuesta procedió pegarse a los vidrios oscuros de la casi taberna-oficina del docente.

Al darse cuenta que estaba leyendo, nuevamente procedió a tocar, pero con más contundencia, tun, tun, tun, tunnnnnn.

_ Ya voy.

Escuchándose una voz tímida como si algo muy grande hubiera sucedido. Cuando abrió la puerta lo hizo un poco cabizbajo, sin ánimo, porque además de tener la sangre hirviendo, también tenía dos meses que no le pagaban el salario. Sin meter el cansancio que lo agobiaba, pues, desde las seis y treinta de la mañana había estado orientando clases, ni siquiera había almorzado. Al levantar un poco la cabeza, observó la estruendosa figura y todo cambió; le volvió el ánimo, quitándosele la timidez, la amargura, el hambre y el cansancio, dispuesto a atenderla.

_ A la orden señorita, en que le puedo servir.

_ Gracias, disculpe, ando buscando al profesor Tito Liborio ¿es usted?

El perro viejo sonrió.

_ Si, adelante.

_ Gracias, muy amable.

_ Siéntese, señorita.

_ Gracias, profesor.

_ Cuéntame, en qué puedo servirle.

_ Profesor, estudio ciencias sociales y me encuentro haciendo el trabajo de grado en educación ambiental. Estoy aquí porque a usted me lo asignaron como director, por lo tanto, quiero conocer el horario en que puede atenderme, ahhh, disculpe, le traigo una carta que le envió el comité de trabajos de grado.

_ Dame acá.

La joven le hizo entrega de la epístola, donde precisamente lo designaban como director de la monografía. Ya revitalizado, el profesor de inmediato cuadró horarios de asesoría; en la cual fue enfático en decirle a la joven que sólo tenía espacio libre para atenderla los viernes de seis a ocho de la noche, porque el resto de días y noches estaba ocupado, además, le hizo énfasis en que no podía fallar una asesoría, porque se perdía el hilo y desde ningún punto de vista era recomendable. Ante los acuerdos, la joven se paró y dijo:

_ Bueno profesor, ha sido un placer, y nos vemos todos los viernes de seis a ocho de la noche, aquí en su cubículo.

_ Si, si, no hay ningún problema, yo estaré puntual aquí esperándola todos los viernes.

La joven estudiante se fue muy contenta; y el profesor quedó demasiado reanimado. Ante esta situación, el docente armó todo un programa académico como si fuera a orientar una asignatura de metodología o un curso, con el objetivo de que se alargaran más las asesorías.

El siguiente viernes a las seis en punto, en el laboratorio de zoología, el profesor Tito empezó con una clase magistral, recordándole desde los paradigmas de Kunt, y terminando con la concepción epistemológica de Hábermas, tornándose importante para la joven porque no los conocía.

En cada sesión ambos llegaban muy puntuales y elegantes; siendo cada día el acercamiento más real. Después de dos meses fue cuando empezaron a formular el problema y los objetivos, que al parecer se cumplió uno de ellos; no sé si era común en ambos, pero por parte del profesor se dio; tenerla entre los brazos, empezando una relación en la cual ambos se enamoraron.

Todos los viernes hacían sesión teórica, pero, se estaba dando algo delicado, no pasaban de la formulación de objetivos.

Los compañeros de esta joven lograron graduarse todos, a ella no le importó, era feliz formulando objetivos, pensó en graduarse en la siguiente promoción.

El profesor recibió otra carta del comité asignándole tres trabajos de la nueva cohorte que saldría; quienes también lograron graduarse.

A los dos años, la facultad al realizar cotejo de los egresados se dio cuenta que la joven no se había graduado, entonces, empezó a consultar por qué no lo había hecho, inclusive, la misma decana la veía andar con su trabajo para todas partes, pero no avanzaba. Cuando le pidieron el informe al profesor, éste contestó que la joven se había estancado en la formulación de los objetivos. Luego de esto, el coordinador al ver que iban dos años donde no avanzaban, decidió quitarle al docente la dirección, colocándole nuevo director, lo que originó que más de un profesor se preguntara ¿por qué no avanzaban? El comité designó a un filósofo, que en última instancia fue quien logró llevarla al grado.

El profesor Tito Liborio ante todos estos desmanes que había vivido en la facultad de ciencias básicas, donde su imagen estaba deteriorada, decidió trasladarse de Facultad, solicitando que lo ubicaran en la de educación y ciencias humanas, con adscripción al departamento de educación física, ya que él podía orientar las asignaturas relacionadas con la anatomía y la bioquímica. Después de siete meses de solicitar su traslado, le llegó la carta donde le informaban presentarse a su nueva facultad. Esto se dio en un mes de septiembre en el que se encontraban jugando la amiga secreta, quien de inmediato las secretarías lo integraron, pero terminó escandalizando a todos con la broma que le hizo a su amiga secreta.

El profesor había cumplido con los regalos iniciales. Ya habían dado frutas, dulces, detalles, y otros, faltando solamente el de la broma.

Al profesor le tocó como amiga secreta su nuevo jefe, quien era mujer. Estaba preocupado por la broma que tenía que dar, no tenía claridad sobre cual hacer. De tanto pensar se le ocurrió regalar un pene de pan. Al buscarlo en las diferentes panaderías de la ciudad no lo encontró.

Los panaderos alegaban que ese tipo de pan no lo hacían porque no tenían el molde, además, no era comercial, ya que la posible clientela serían mujeres y gay, y seguramente lo preferirían de otro material y un pene mucho más activo que no se deje comer de un solo bocado, sino que perdure por mucho tiempo, que tenga iniciativa y que a lo contrario de su homólogo humano, cada vez que se caliente se vuelva duro, mientras el de pan, se necesita es frío.

El profesor de tanto insistir en la búsqueda del pan se sentía triste por no encontrarlo, tanto, que le consultó a un colega quien le dio la solución. Le propuso que fuera a un taller para que le hicieran el pene en molde de zinc rugoso con la morfología aproximada del ejemplar.

Por la proximidad de la fecha, no encontraba latonero que lo hiciera en tan corto tiempo, además, cada momento que pasaba acercaba más el día de la entrega de la broma, lo que hizo que tuviera que ofrecer excesivo dinero para mover la gente.

El latonero de un taller de carro logró hacer el molde perfecto, pero se exageró en el tamaño, haciéndolo de veinticinco centímetros de largo por cinco de ancho. Trataron de reducirlo, pero por la premura del tiempo no fue posible para el latonero hacerlo, entonces el docente decidió llevárselo a los señores que ya estaban contactados y pagos para que elaboraran el pene de pan.

Eran las dos de la tarde cuando se presentó a la panadería con el molde y a eso de las seis el penepan de lo potente y viril que estaba echaba humo.

El docente esperaba afuera para llevarlo esa tarde, pero le fue imposible hacerlo por la temperatura que tenía, ya que en esas condiciones había que transportarlo en su propio molde, porque si lo sacaba caliente se podía partir.

Al observar que eran las seis y media de la tarde, optó por llevarlo a su casa para entregarlo el siguiente día en horas de la mañana, fecha en la cual correspondía la entrega. El profesor se presentó a las siete de la mañana, colocándolo en el escritorio envuelto como regalo.

Cuando la jefa llegó, se alegró muchísimo por el detalle encontrado; pero no lo destapó enseguida, dando un giro completo sobre su propio eje de lo contenta que se encontraba. No se acordó que era el día de la broma, entonces, recordó que algo necesitaba en el tercer piso; procedió a tomarse un café, luego subió a decanatura, se encontró con estudiantes que la andaban buscando para una nota; habló un buen rato, comentó algunos pasajes novelescos de la noche anterior, bajó al segundo piso y entró al baño, se dirigió a una secretaria y pidió una llamada telefónica y luego regresó a la oficina, inclusive, se le había olvidado el regalo. Cuando llegó nuevamente dijo:

_ Ahora sí no te escapabas.

Y lo abrió.

Cuando empezó a quitarle los atuendos, le llamó la atención la forma como estaba envuelto y cuando terminó de desnudarlo se encontró que era un pene de pan de veinticinco centímetros de largo por cinco de ancho, provocando una reacción mental inmediata.

En ese momento lo que más deseaba saber la jefe era a quien le había tocado ella como amiga secreta. Bajó con el máximo grado de iracundia que fenotípicamente se le manifestó en su cara con color amarillo verdoso.

Obligó a la organizadora a que le dijera cual era la persona que le había colocado la broma, quería felicitarlo. Al saberlo, empezó a localizar al profe por toda la Universidad. Cuando lo encontró, sin mediar palabras lo cacheteó, formándose el escándalo por el exagerado pene-pan.

Todas las damas de la facultad se volcaron a verlo, pero hubo una demasiada interesada que quedó preguntando a sus amigas íntimas ¿cuál había sido el profesor que sirvió de molde?

VIII

El profesor, decepcionado por lo que le había sucedido se encontraba sumido en la triste, ya que además de todo lo que le sucedía, estaba al borde de la locura por la crisis económica que lo agobiaba, debido a que la universidad tenía dos meses y medio que no le cancelaba a los docentes de contrato.

En uno de estos días donde se encontraban varios profesores reclamando el salario al vicerrector administrativo, el profesor Tito Liborio, muy enojado y desesperado disgustó con él.

Habían pasado setenta y cinco días y nada se sabía sobre el pago para los docentes que estaban vinculados a través de una orden de prestación de servicios, y otros como ocasionales, los cuales se encontraban desestabilizados, repercutiendo esto en la orientación de los procesos educativos, desanimados, aburridos, sin pasajes y comida, la tienda colocaba obstáculos para entregar, pues ya no era un sólo cartón de Marlboro lleno de ambos lados, sino dos, tres.

El jefe de recursos humanos no tenía idea del proceso; situación que sucede con mucha frecuencia, debido a que los administrativos que colocan no conocen de la academia, mucho menos de los procesos educativos, porque en una institución como esta no se procesan productos como si fueran una caja de FAB, de fósforo, de leche, por el contrario, lo educativo y formativo son mecanismos que necesitan de una racionalidad diferente a la que se utiliza para la producción en serie, ya que en esta no existe la interactividad de los productos como sí se da en el ser humano.

El resto de administrativos se mostraban inoperantes ante la situación por la que pasaban los profesores, algo inexplicable, cuando son estos los que construyen sociedades para el desarrollo de un país.

Todos los días a la oficina se acercaban treinta, cuarenta y hasta más docentes a preguntar por dónde iba la nómina, que en últimas instancias era a estos a quienes les tocaba transportarla de oficina en oficina para que saliera rápido, inclusive, las secretarias se molestaban como si se les estuviera mendigando el salario devengado.

Un día como a las diez de la mañana, más de uno estaba dispuesto a insultar a cualquier funcionario que tuviera incidencia en la nómina, pero alguien logró calmar los ánimos de los profesores. Uno de los que se encontraba presente manifestó enérgicamente:

_ Vamos a hablar con el vicerrector administrativo para ver qué noticias nos tiene hoy.

Simultáneamente muchos apoyaron la idea, otros decían que mejor era hablar con el rector, y muy lejanamente se escuchó una voz que decía:

_ Hablemos con el dueño del circo, y no con los payasos.

La idea de hablar con el vicerrector administrativo fue la que más encontró apoyo, por lo tanto, decidieron trasladarse a la oficina del funcionario.

Cuando lograron entrar, varios fueron invitados a que se sentaran, entonces, el señor vicerrector que siempre daba algunas explicaciones del retraso, agarrándose de que la información académica de los profesores para elaborar los contratos llegaba muy tarde, achacándole a los jefe de departamento la parsimonia del proceso. Hablaron de la lentitud e inoperancia de los funcionarios que intervenían en la elaboración de la nómina, situación que no era del momento, sino histórica.

Lo más triste de todo el proceso era que siendo un reclamo justo y viendo el señor vicerrector lo atormentados que se encontraban los profesores y sin tener en

cuenta lo que esto repercute en la academia y en la familia, muy despreocupado manifestó enfáticamente:

_ Para esta semana no hay pago.

Enunciado que incrementó los desánimos y preocupaciones, tanto que el profe Tito Liborio se metió la mano al bolsillo y sacó un cuchillo y un tenedor dejando a todos perplejos y temerosos de cómo procedería y dirigiéndose al vicerrector le manifestó:

_ Vea doctor, este par de utensilios que le estoy mostrando tienen tres meses que no ven la carne, por favor, se lo agradezco en el alma que nos cancele ésta semana.

A muchos se le aguaron los ojos, otros procedieron en carcajadas, el vicerrector aturdido los miraba a todos y ante el acto simbólico que hizo el profesor, se conmovió y anunció con su voz arrogante de jefe y su ímpetu sirio-libanés:

_ Les aseguro que mañana a primera hora les pago.

Esta forma de comportamiento administrativo y fuera de contexto, conducía a que los docentes se desinteresaran por la academia, por su oficio, en la cual se pierde hasta el hábito por hacer lo que a la gente le gusta, se vuelve desordenado, sin darle importancia a lo que sucede en su contexto, lo afecta tanto que termina perdiendo su amor por la vida.

Empezó un nuevo semestre a mediados de febrero, los contratos no se hacían, y del mismo desorden que ha caracterizado la historicidad de la universidad pública, una secretaria le entregó al profesor Tito el contrato para sacarle copia. Al recibirlo, el profesor se fue para clase sin darle importancia a la recomendación que le hicieron: olvidó regresarlo

Desde este momento habían pasado dos meses y medio sin volver a pagar. Ante esta nueva desidia, había desespero, apatía, incredulidad, fementismo, pérdida de la probidad, acoso y desinformación por falta de procesos comunicativos. Las deudas del profesor lo acechaban, la tienda se negaba a seguir entregando; el status docente cada día perdía credibilidad, más aún, cuando los funcionarios que hacían parte de la elaboración de la nómina utilizaban cierto satirismo y risa sardónica, gozando de los comentarios que se decían: que a la tarde, que mañana, que a las dos.

Todo proceso, sea truncado o no, debe finalizar, y siendo este uno de ellos, llegó el día inesperado y fantasmagórico, de que iban a pagar en las horas de la tarde. La noticia voló como polen en tiempos de verano, y como se trata es de barrer la casa cuando llegan visitas, tuvieron que parar el proceso de pago porque faltaba un contrato. La secretaria alegaba que le prestó a un docente para que lo firmara, le sacara copia y lo devolviera, cosa que no hizo.

Con el trajín de la nómina en las oficinas, cambió la información: no iban a pagar, pues un profesor se había llevado el contrato para su casa y faltaban sus datos.

Cuando los docentes se enteraron que no había pago porque uno de ellos se había llevado el contrato y no lo regresó, obligaron a la secretaria que lo había entregado

a buscar en las hojas de vida para saber quién era, ya que la funcionaria en el momento no se acordaba a quien se lo había dado y así poder localizarlo.

Cuando empezó la búsqueda, en el número dieciocho entonó la joven:

_ Creo que es este.

_ ¿Cuál? Anunciaron muchos.

_ Regrese nuevamente. Dijeron varios.

_ Es este. Enfatizó finalmente la funcionaria.

_ ¡Ah! es Tito Liborio. Manifestaron muchos.

Entonces, Juan Cuadro reviró:

_ Ese carajo hay que localizarlo así sea debajo de la tierra.

En ese mismo momento el profesor Edinson Flórez habló muy cautelosamente diciendo:

_ Bueno, vamos a su casa, yo sé donde vive, fíjense, estoy seguro que eso no lo sabe el rector que Tito Liborio no vino hoy a clase porque no tenía para el bus.

Lograron salir cinco motos para la casa del profesor. Todos desesperados por encontrarlo, porque el pago, según los funcionarios no saldría ese día, ya que estaba sujeto a la entrega del contrato.

Cuando llegaron, se asustó, además no logró identificar a sus colegas, tanto, que corrió y se escondió porque pensaba que lo iban a matar.

Luego de escuchar la voz de Jaime Badel salió atónito y sin mediar palabras preguntó:

_ ¿Qué pasó?

_ Idiota por ti nos tienen varados.

_ Por mí.

_ Si por ti. La secretaria alega que ella te entregó el contrato para que lo firmaras y le sacaras copia y no lo devolviste, y como elaboran es una nomina para todos, tienes paralizado el proceso para pago.

La mirada del profesor lo decía todo. No se acordaba del contrato.

Entonces, Fernando De la Espriella. Terminó diciendo

_ Rápido, muévete hermano, que por ese impase están varados. El docente se quedó pensativo y dudoso, tratando de recordar si lo tenía.

_ Aja, búscalos. Reviró Jaimito.

Tito Liborio se los quedó mirando todo aturdido y dijo:

_ Yo no tengo nada, yo no me he traído ese contrato.

_ Recuerda Tito. Entonó Omar Torres, tocándole el hombro.

_ Sí es cierto lo que estás diciendo, esa vieja está loca, porque nos dijo que tú lo tienes. Recriminó Edinson Llorente.

Todos se enfriaron, aún más, cuando el profesor Tito Liborio insistía en que él no lo había retirado, entonces, el resto de compañeros empezaron a entristecerse ya que eran las tres de la tarde de un martes santo veintidós de abril próximo a Semana Santa.

Sólo la fuerte brisa que corría lograba mediar con el desánimo y la tristeza que los acosaba, más el bullicio que los niños del barrio generaban volando los barriletes, hacían la tarde agradable para los atormentados docentes.

De pronto salió llorando un niño porque la brisa le había reventado el hilo con que sostenía su barrilete, trepándose en los cables del alumbrado público.

El niño se la dedicó a Tito Liborio para que se lo alcanzara. El profe por estar atendiendo a los docentes hizo caso omiso a la presión del niño, quien salió siendo su hijo. Además, estaba apenado y terminó regañando al niño quien le manifestó que lo dejara quieto.

Sin embargo, Jaime Badel se conmovió y con un palo que consiguió le bajó el barrilete. Cuando cayó, quedó un poco retirado del sitio donde estaba ubicado, ya que la brisa lo seguía rodando, entonces, Juan Cuadro lo siguió hasta la siguiente cuadra, recogiénolo muy cerca de un pozo de aguas negras. Cayó un poco deteriorado, lo que hizo que el docente se conmoviera en arreglárselo.

Cuando comenzó a hacerlo le llamó la atención la estructura y contenido de la hoja. Decidió leerla, encontrando que el barrilete era el contrato de Tito Liborio y por el que estaba parada la nómina

El profesor brincó exageradamente, e igualmente gritó. De pronto salió corriendo y utilizando jocosamente la palabra de Arquímedes:

_ Eureka, eureka, eureka.

_ ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? Dijeron varios de ellos.

_ Si este barrilete es el contrato que estamos buscando. Entonó Juan cuadro.

Entonces lo revisaron detalladamente y lo reconocieron, saliendo inmediatamente para llevarlo a la universidad para que la nómina nuevamente se activara y poder enmendar el pequeño descuido de Tito Liborio: El contrato hecho barrilete por su hijo.

IX

El siguiente mes había que hacer las mismas vueltas para sacar el pago y estar atento a alguna novedad que se presentara. Lo más triste para Tito Liborio fue el destino que le dio a su cheque.

El viernes treinta de noviembre 1999; cuando a manera de relámpago se supo que milagrosamente la nómina de los docentes ocasionales la iban a pagar. Sin embargo, la fila no se hizo numerosa, debido a que la mayor parte de los docentes que durante la jornada de la mañana la habían gestionado se cansaron, pero casualmente uno de los trabajadores que tiene incidencia directa en esto, les manifestó que saldría en las horas de la tarde porque al sumar la nómina habían encontrado un valor por debajo de lo real: faltaban un mil ciento treinta y cinco pesos.

La presión de unos cuantos que no habían estado en el correteo de la mañana, lograron sacarla. En la pequeña fila, como de veintiún profesores se encontraba el profesor Tito Liborio con sus cincuenta y ocho años de edad y que ya existían comentarios de los estudiantes que le gustaba mucho sobar las manos de las

muchachas, tanto, que en una de las evaluaciones que le hicieron, las educandos le colocaron: “viejito verde, viejo zorro”; y que de las setenta y una evaluaciones que se referían a su desempeño como docente, no existía ninguna donde no se refiriera a lo ardiente y garañón del profe.

Ese día que estaban pagando el sueldo, estaba ruborizado y en la medida en que más se acercaba a la ventanilla se quedaba viendo a una jovencita que entre otras cosas, como que sabía que al hombre le agradaban las chicas, entonces, empezó a coquetear a la estudiante que se encontraba muy cerca a la ventanilla de pago.

La joven, de cuerpo estruendoso, de cabellos largos y mirada fija, no se movió hasta que el profesor recibiera el cheque. Tal vez para mirar el valor del mismo y así poder exigir algunas garantías. Una vez lo cobró, los dos empezaron a hablar y se fueron.

Como a la semana siguiente, la esposa de Tito Liborio se encontró con el profesor Juan Cuadro, preguntándole:

¿Ya pagaron en la Universidad?

El docente entonó:

_ Claro, ya pagaron.

_ ¡Cómo va a ser!

Exclamó la señora, quien con su rápido cambio de color en su rostro demostró estar iracunda. Como a los cinco días de haber pasado esto, el profesor Tito Liborio llegó con moretones, alegando que lo había atropellado una bicicleta. Para el siguiente sueldo, nuevamente se tenía que hacer lo mismo, corretear la nómina de oficina en oficina.

A los dos meses después de estar pagando, apareció nuevamente la chica, entonces, él, asustado, con pena y miedo, pidió ayuda porque sabía que no podía volver a salir con ella, ya que la primera vez sólo le había quedado para pagar el recibo del agua, el resto no supo qué se le hizo.

Lo que recuerda fue que la chica le propuso un juego cuando estaban en la cama, que por cada vez que le introdujera el pene y lo sacara de inmediato, tenía que darle cien mil pesos y ella se los devolvía por cada caramelo que él le robara de la boca. Al viejo le gustó el juego, pero cuenta, que en el tercer caramelo empezó a dormirse.

Después de dos meses y medio, nuevamente corrió la noticia que estaban pagando. Cuando el profesor Tito hacía fila, volvió a ver la joven, y de inmediato pidió ayuda, manifestándoles a sus colegas:

_ No me dejen sólo, porque el cheque se puede ir en un sólo hueco.

Ante los diversos problemas que asechaban al profesor, cayó en el alcoholismo, lo que empeoró mucho más su imagen y calidad de vida.

Cada día veía la docencia como un proceso que se desgastaba en la dinámica de la enseñanza y el aprendizaje, debido a que la volvió rutinaria, en la cual el

profesor Tito logró convertir el sentido del encuentro académico en un sin sentido.

Llegó a un estado en que se dio cuenta que las condiciones que le brindaba la universidad para hacer academia e investigación era una utopía, ya que no existían equipos de trabajo, mucho menos de investigación, además, los docentes pertenecían a estratos y contratos como los nombrados, los ocasionales, los catedrático.

Para los dos últimos tipos de contratos, siempre los sueldos han sido atrasados, situaciones que condujeron a que cada día él perdiera el interés por orientar procesos educativos, encontrando en el ambiente mundano saborizantes de la vida que le empeoraron a desarrollar un comportamiento menos adecuado a su desempeño profesional, y que lo desorganizaron hasta en el hogar.

Un veintidós de junio del 2000; muy triste porque la educación en Colombia no tenía dolientes, se trasladó a tomarse unos tragos a un sitio cercano de la universidad, el cual estuvo hasta las dos de la madrugada. Cuando se sintió sólo, se trasladó al Transporte Brasilia para coger un bus que lo dejara cerca de su casa, ya que vivía a las afuera de la ciudad. Mientras el bus calentaba y esperaba su turno de salida, Tito Liborio se durmió.

Cuando pasó por su casa todavía dormía, y al llegar a los transportes de Sahagún, continuaba durmiendo. Su sueño era tan profundo, que la gente que subía y bajaba, más los bulliciosos ruidos de los vendedores ambulantes, no lograron despertarlo, ni aun fue posible con el agua que le salpicaron en la cara, diciéndole:

_ Ey, ey, ey.

Solo vino a despertar, porque le golpearon la ventanilla de afuera

_ Tun... tun... tun... tunnnnnn, va a comprar algo.

Con la mano señaló que no. En el momento en que el bus arrancó, se despertó; se dio cuenta que se había pasado y muy disimuladamente pidió la parada. Al ver que se encontraba en Sahagún y en las condiciones en que había llegado, dijo entre dientes:

_ Qué voy a hacer a esta hora para Montería.

Nuevamente empezó a tomar. Se conoció con algunas personas logrando hacer amistad. Como a las seis de la mañana el profe Tito Liborio entonó:

_ Me voy en el próximo bus.

A los veinte minutos llegó un expreso Brasilia que venía de San Pedro Claver de Cartagena, se parqueó, duró cinco minutos. Después de despedirse entró al bus, se sentó, acomodó la silla, miró al lado para ver quien lo acompañaba y en un de pronto, se fue. Cuando llevaba diez minutos de viaje, volvió a dormirse despertando con el intenso sol que le daba del lado derecho, entonando:

_ Mierda; y nuevamente me pasé. Otra vez estoy en San Jerónimo de Montería. Bueno hoy es sábado ¿Será quedarme otro rato? Dame una cerveza, muchacho.

Le manifestó al señor que la vendía. Luego dijo para sus adentros.

_ Me voy a las dos de la tarde

No se fue a la hora que había fijado para regresar, sino a las seis, desplazándose por segunda vez para la casa a las afuera de la ciudad. Cuando faltaban diez minutos para volver a salir, más los otros 20 minutos que separaban la casa del transporte saliendo de la ciudad, hicieron que el profesor Tito Liborio entrara a caer lentamente en la profundidad del sueño, hasta que nuevamente se durmió, y volvió por tercera vez pasar por la parada de su casa. A las siete de la noche llegando a Sahagún despertó, observó por la ventana que nuevamente se había pasado y consigo mismo se apenó y no dijo nada, entonces, volvió a cerrar los ojos, a esperar que el bus llegara al transporte.

Cuando llegó, replanteó su fin de semana, convertido en un columpio, se bajó, no pensó nada, sólo dijo:

- Dame una cerveza.

Tomó enormemente, bailó y amaneció. Regresó a las nueve de la mañana, muy atento a su parada, pero antes de llegar a San Antonio de Cereté no aguantó más, estaba a cinco minutos de bajarse, se recostó; y volvió a inclinarse, se durmió. Cuando despertó ya estaba en San Jerónimo de Montería por tercera vez.

Pensó en coger un carro expreso para que lo llevara a su casa, se decidió y se bajó del bus, pero cuando intentó llamarlo, alguien lo tocó por la espalda: un viejo amigo que no lo había visto en tres años. Entonces, éste lo invitó a una cerveza. El profesor quedó atónito y sólo pensó:

_ Dios mío y la semana la voy a pasar viajando.

Al contarle la historia a su amigo, éste le brindó apoyo para llevarlo en su auto.

En la casa las cosas no andaban bien. La esposa, con rulos en la cabeza y sus seis uñas comida, muy inquieta, mostraba desespero e ira reflejados en el color rojizo de su cara, asomándose constantemente por la ventana en busca del rostro de su marido. Cuando se dio cuenta que se había comido las uñas, más iracunda se puso, y quien terminó aumentándola, cuando fue a la cocina y se dio cuenta que la papaya que le había traído el profesor tenía un escrito hecho a cuchillo, que decía: “quiero que me comas como siempre lo haz hecho, párteme, trágame para poder sentir tu amor”. Cuando finalizó en la lectura, la miró y dijo:

_ Hija de puta.

De pronto la cogió y la reventó contra el piso y como estaba demasiado madura se partió en varias partes, la pisó y la convirtió en papilla, observando que del interior salió un papel que decía: “mi amor ya siento que me has devorado, trágame, para que este amarillo-anaranjado que porto ilumine tu vida”. Luego cogió el papel y lo arrugó, después lo arregló y lo volteó encontrando otro mensaje que decía: “El pavo que te regalé quiero que lo desmeches y te lo tragues sin macerarlo, así como lo haces conmigo”.

_ Maldito, con que también el pavo que me trajiste para mi cumpleaños, ella lo regaló, ahora va a saber ese pavito lo que voy hacer con él.

Eran las doce de la noche cuando se trasladó al patio con un cuchillo afilado, empezó a buscarlo, pero no lo encontraba, logró tocar varias cosas en la oscuridad pero no daba con él, prendió la luz y lo divisó en el lavadero. Dormía plácidamente, y con mucha cautela se dirigió por atrás y sin lanzar ningún tipo de expresión lo apuñaleó. Cuando el pavo cayó con su pico abierto, la mujer de Tito anunció:

_ Ahí tienes perra, zorra y hoy es el día que se lo mocho.

La iracundia que tenía no le permitía hablar bien, pues, su saliva se especió, entonces, se dirigió al cuarto de la muchacha que la acompañaba en los haceres domésticos, la despertó y le ordenó a que calentara agua. Cuando todo estaba preparado, le ordenó a la muchacha que metiera el pavo en el agua caliente, luego lo peló, lo despresó y lo metió al congelador para que respetara.

El perro sintió que la furia era con todo lo que había traído el profesor Tito, decidió esconderse en el cuarto de San Alejo.

La Lora que despertó con el bullicio, escuchó todo desde un árbol de guayaba agria; además, ella sabía de donde la habían traído, temía por su vida y escaló un metro más arriba.

Cuando el profesor llegó el domingo a las tres y media de la madrugada, todo moribundo, desanimado, sin dinero, recordando que le debían dos meses y medio de sueldo, además, triste porque en la universidad donde trabajaba él era de tercera categoría, algo diferente a como ocurre en otras universidades del mundo, donde un catedrático es el sujeto capaz de disertar y hacer cátedra. Pensaba en las groserías, prepotencias e irrespeto de las secretarias y de algunos trabajadores que no tienen una concepción clara de lo que es un docente universitario, porque siempre han visto al revés la universidad, donde el rector siempre va de primero, cuando debería ser lo contrario, primero los estudiantes, segundo el cuerpo de profesores sin distingos, tercero los trabajadores y cuarto la directiva.

Al abrir la esposa la puerta, entró y empezó el bullarengue. Después de media hora de discordias, el profesor continuaba callado, sólo lo acompañaba un buen hipo. La señora de los rulos había quedado hedionda a papaya y a pluma mojada de pavo y terminó aumentando su ira cuando su marido le dijo:

_ Oye ¿dónde estabas metida que estás amarilla? Y hueles a gallina cuando la están desplumando, además, pareces una cacica con las plumas que tienes en la frente.

De pronto entre hipos, reaccionó y reviró:

_ Tú estás guapa es porque estaba en la calle, pero tú a mí no me celas, yo no te importo, tú lo que estás cuidando es a este personaje que me cuelga.

Entonces, se dirigió a la cocina, cogió un cuchillo, sacó el pene y lo puso en la mesa y manifestó:

_ Yo para quitarme este problema y para que estés tranquila mejor me lo corto.

Y cuando el cuchillo venía por la altura del ombligo, la mujer se arrodilló y exclamó:

_ Papito, papito, mijo no lo hagas, acuérdate de tu mamá.

Al mes y medio de haberle sucedido esto, le dio un infarto y fue llevado de urgencia a la clínica donde la universidad lo tenía afiliado, pero no lo quisieron recibir, porque aparecía sin aportes, ya el semestre había terminado y en los intervalos entre éstos quedaba desprotegido, volvió a repetirle el infarto y falleció.

